



manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL.

CENIZAS, RESURRECCIÓN, VIDA ETERNA

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- Cuando recitamos el Credo.

Los domingos y algunos otros días "de guardar" (que cada vez son menos) rezamos el "Credo", la profesión de fe, es decir, nuestra carta de identidad. Suele ser, sin embargo, una recitación memorística y rutinaria, que difícilmente manifiesta una fuerza para salir al mundo y enfrentar sus retos. Por eso sería conveniente que al menos de vez en cuando quien preside la Eucaristía, en lugar de ese ejercicio de memoria que tanto les cuesta a los que se preparan a la "primera comunión", interrogara a los presentes de la manera como se hace, por ejemplo, a los papás y padrinos que llevan a bautizar a los pequeños o a la comunidad entera en la Vigilia pascual.

Las últimas líneas del Credo dicen: "Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro". Afirmamos una convicción que mira al futuro, no al pasado. Dirigimos la mirada más allá de las fronteras de este mundo.

¿Pero qué quiere decir lo que afirmamos y qué consecuencias tiene? En el Catecismo de la Iglesia Católica leemos: "Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día". Y abriendo la puerta a horizontes insospechados para cualquier ideología o religión que sólo de manera simbólica hablan de "reencarnarse" (o sea de un alma que intercambia cuerpos), de "resucitar en el pueblo", de "permanecer vivo en la memoria" o de "alma inmortal" pero cuerpo despreciable, subraya el Catecismo que se trata de resurrección de la carne, es decir, de que, "después de la muerte NO SOLAMENTE HABRÁ VIDA DEL ALMA INMORTAL SINO QUE TAMBIÉN

NUESTROS CUERPOS MORTALES VOLVERÁN A TENER VIDA". De la debilidad, de la fragilidad, surgirá por el poder divino una fortaleza extraordinaria debida a que el Hijo de Dios "se hizo carne", "uno de nosotros en todo menos en el pecado".

La centralidad de esas palabras es tal que un Padre de la Iglesia del siglo III, Tertuliano, no dudó en afirmar: "es una convicción de los cristianos; es una creencia que nos hace vivir". Y un teólogo actual, Bernard Sesboüe, la resumió diciendo: "Nuestra carne es hermana de Cristo". Por eso ser cristiano es tener al alcance la mayor de las felicidades, llegar a una meta imposible de alcanzar a base de conocimientos, esfuerzos o ideas elegantes. Tener un cuerpo no es estar dentro de una prisión de la que hay que escaparse o de una vestimenta estorbosa de la que hay que liberarse--así lo pensaron, entre otros, los griegos antiguos--: es tener al alcance la solidaridad plena con Dios mismo quien se unió para siempre a un cuerpo asumido de la Virgen María".

2.- La dignidad del cuerpo y su destino.

Los párrafos anteriores, que requieren tal vez una lectura detenida y reflexiva, nos hacen ver la dignidad del cuerpo y su destino, nos llevan a alejar todo temor frente a la muerte y a tener claro, como en un amanecer luminoso, lo que Dios ha preparado para quienes responden con amor a su Amor. Nos ayudan a comprender el cuidado que hemos de tener de nuestro propio cuerpo y del que ha de tenerse con el de quienes han fallecido, del que se lleva a enterrar o de las cenizas que--lo explica un reciente documento iluminador de la Congregación de la Fe--han de quedar en un lugar digno y no ser dispersadas en uno o varios lugares, divididas entre miembros de una familia, arrojadas al mar, conservadas en la casa por motivos diversos o transformadas en una joya o en una especie de amuleto.

Estas prácticas, cuyo aumento es notorio, apuntan a creencias limitadas, ajenas al cristianismo como la de "reincorporarse a la naturaleza" o no acabar de entregar al fallecido a su Creador como si fuera propiedad familiar. También, aunque no llegue a ser una contradicción a la profesión de fe, se extiende un romanticismo enfermizo que fue bien descrito por un periodista mexicano: "una especie de consuelo al convivir con la urna, dentro del cual late un recuerdo emocionado". Tener al alcance un "recuerdo emocionado" es estar distante de la grandeza a la que el cuerpo está invitado a alcanzar. Por eso la recomendación es a dejar que el difunto "descanse en paz", que sus cenizas esperen en un cementerio o en otro sitio digno donde se refleje una realidad que no podemos olvidar: "Los fieles difuntos son parte de la Iglesia que cree en la comunión de los que peregrinan

en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste".

No nos hace mal sino al contrario, bien, tomar en cuenta estas palabras del documento reciente: "Desde el principio los cristianos han deseado que sus difuntos fueran objeto de oraciones y recuerdo de parte de la comunidad. Sus tumbas se convirtieron en lugares de oración, recuerdo y reflexión...La conservación de la cenizas en un lugar sagrado puede ayudar a reducir el riesgo de sustraer a los difuntos de la oración y el recuerdo...Además, se evita la posibilidad de olvido, falta de respeto y malos tratos que pueden sobrevenir sobre todo después de pasada la primera generación, así como prácticas inconvenientes y supersticiosas".

Nos hará bien, sobre todo, comprender e integrar a la intimidad de nuestro corazón la convicción portadora de esperanza infinita de la resurrección de la carne, pues--leo de nuevo el Catecismo--"Se acepta muy comúnmente que después de la muerte la vida de la persona humana continúa de una forma espiritual. Pero, ¿cómo creer que este cuerpo tan manifiestamente mortal pueda resucitar a la vida eterna?". Ahí está la grandeza única del cristianismo, el núcleo de nuestra esperanza y también la razón de nuestra felicidad en esta tierra.

La próxima vez que recitemos el Credo, hagámoslo con la alegría de saber dónde está nuestra verdadera patria.